170

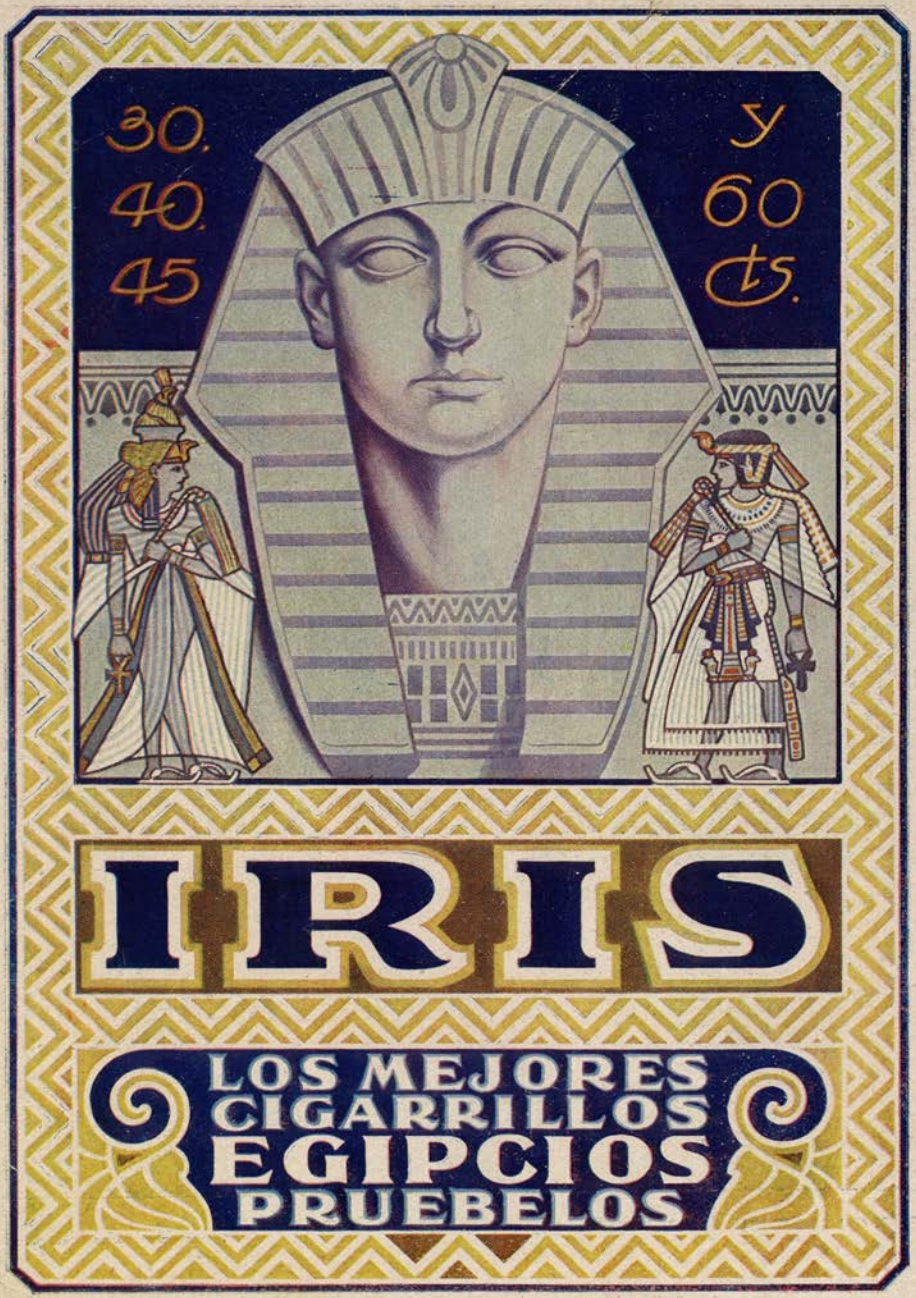
RAMBALINAS
REVISTA TEATRAL
BALCARCE 343 Buenos Aires
No. 170

MARIA ALVAREZ DE BURGOS

MI POBRE MUÑECA

Comedia dramática en tres actos

Capital 20 Ctvs.


30.
40.
45
y
60
cts.
IRIS
LOS MEJORES
CIGARRILLOS
EGIPCIOS
PRUEBELOS

BAMBALINAS

REVISTA TEATRAL
PUBLICA EN CADA NUMERO UNA OBRA
DEL TEATRO NACIONAL
APARECE LOS SABADOS
BALCARCE 345 — U. T. 232, Avenida

DIRECTOR **Anibal J. Imperiale** — ADMINISTRADOR **Nemesio A. Ferrari**

AÑO IV — BUENOS AIRES JULIO 9 DE 1921 — Nº 170

María Alvarez de Burgos

MI POBRE MUÑECA

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Nuevo de esta Capital, el 17 de Junio de 1921, por la Compañía Ernesto Vilches.

REPARTO:

Rudi (químico alemán)	Ernesto Vilches.
Marta	Irene López Heredia.
Rosina	Ana Tormo.
Enrique	Ramiro de la Mata.
Fritz (criado alemán)	Manuel Arbó.
Federico	Alejandro Maximino.
Una doncella	Luisa Fauste.
Un chauffeur	Antonio Vilches.

→ Edición "ESCALINATA" Madrid (Agotada)
Dic/2010 ≈ 25 € (BALSRC-2878)

A

Carmen de Burgos (Colombine)

A tí, madre mía, dedico esta mi primera producción deseando seguir humildemente tus pasos, con el cariño que te tiene

Tu hija.

Acto primero

Gabinete de confianza. Buen gusto y riqueza en todos los detalles. Una puerta al foro y otra lateral. Un balcón que da al jardín. Un retrato de Rosina, cuando niña.

Al levantarse el telón Fritz, sirviente alemán, estará terminando de preparar el té. Este personaje tendrá un gesto despectivo, muy sobrio para todos y cambiará el tono y la expresión de su voz al dirigirse al amo. Al terminar su tarea se dirige hacia la puerta lateral y descorre una cortina. Entra Rosina, va directamente al espejo y se arregla con coquetería.

ROSINA.—¿Está el té?

FRITZ.—Servido.

ROSINA.—Avise a la señora Marta.

FRITZ.—Ya he avisado.

ROSINA.—Vuelva a llamarla, porque tarda.

FRITZ.—Si no ha venido aún, es porque no puede o no le conviene.

ROSINA.—No importa, llámela.

FRITZ.—(*Se inclina y no va. Entra Marta por la misma puerta lateral*). Ya ve usted como no hacía falta llamar otra vez.

MARTA.—(*A Fritz*). Hágame usted un favor. Busque un medallón que he perdido al entrar. Supongo que se me ha caído en el momento de quitarme el abrigo.

FRITZ.—En el "hall" entonces. (*Hace una reverencia y se va*).

ROSINA.—¡Ay!... ¡este hombre me pone nerviosa!

MARTA.—No comprendo como no te has acostumbrado aún a su tranquilidad, después de ocho años de tratarlo.

ROSINA.—No me acostumbraré nunca. Unicamente mi marido puede congeniar con él.

MARTA.—Naturalmente, por eso lo tiene a su servicio... La calma de este hombre le será agradable.

ROSINA.—Tampoco puedo acostumbrarme a esa tranquilidad de mi marido... es un hombre sin nervios...

MARTA.—Los tendrá a su modo.

ROSINA.—¡Me quiere tan apaciblemente!...

MARTA.—No digas eso. Sabes que trabaja mucho.

ROSINA.—Sí, ya lo se: el deber profesional está por encima de todos los afectos y yo, su mujer, quedo reducida a un papel muy secundario. Para él, cualquier preparación química, es más, mucho más interesante que yo.

MARTA.—Eres injusta; tu marido te quiere mucho y encuentro muy lógico su apasionamiento por la ciencia.

ROSINA.—Muy bien, pero somos lo suficientemente ricos para que él no necesite trabajar tanto. Ya es absurdo que me abandone durante días y hasta noches enteras. Una necesita también sus distracciones.

MARTA.—De las que tú no te privas puesto que él te deja en una completa libertad.

ROSINA.—¡Oh! ¡tú no me entiendes!

MARTA.—Creeme Rosina, es de muy mal gusto que te pases la tarde haciéndome reproches de tu marido.

ROSINA.—Eso es, regáñame ahora como a una chiquilla.

MARTA.—Para mí siempre lo serás. (*Fritz trae el medallón*).

FRITZ.—Aquí está. (*Se lo entrega y se retira*).

MARTA.—(*Muy contenta*). Tenía un disgusto al pensar que se podía haber perdido... Es el único recuerdo que nos queda de mamá...

ROSINA.—El collarcito que tenía yo de ella, lo perdí la otra tarde en una excursión que hice con unas amigas en el auto.

MARTA.—¡Pobre mamá!... Aún recuerdo sus últimas palabras, la última recomendación que me hizo respecto a ti: "Vela por ella. Es más débil que tú. Cuidala como si fueras su propia madre. Eres la mayor y tienes que cumplir ese deber".

ROSINA.—¡Ay si no fuera por ti!...

MARTA.—"De todos sus errores en la vida serás tú la responsable", me dijo, y desde entonces he sido tu madrecita...

ROSINA.—Y continuas siéndolo.

MARTA.—Antes me obedecías mucho más.

ROSINA.—¿Por qué lo dices?

MARTA.—Que se yo. Te encuentro cada vez más alejada de mí y tengo miedo que ese alejamiento sea definitivo. Me parece que la vida nos arrastrará muy lejos, que algún día necesitarás de mí y yo no podré correr en tu auxilio.

ROSINA.—¡Qué ideas Marta!... Ya conoces mi carácter y sabes demasiado bien que nunca me separaré de ti.

MARTA.—Siempre has sido una niña traviesa, alborotada... Cuando yo he querido poner freno a tu risa te he visto tan enamorada de la alegría, que matarla hubiera sido una crueldad que nunca he tenido. Te lo confieso Rosina, tu modo de ser, esa risa tuya, que tantas veces he criticado, ha sido en muchas ocasiones mi alivio, mi poca,... mi única alegría.

ROSINA.—Calla Marta, te lo ruego... no quiero que estemos tristes ninguna de las dos.

MARTA.—(*La besa*). ¿Verdad que ahora seremos felices? Hemos constituído nuestro hogar cada una, y seguimos viviendo casi juntas ¿qué más podemos pedir?

ROSINA.—Tienes razón. Después de todo me voy acostumbrando a esa frialdad, a esa corrección de mi marido. Lo esencial es que me dejen reír, cantar y bailar...

MARTA.—Pero siempre con un poco de moderación.

ROSINA.—¡Por Dios! ¡No pongas esa cara de confesor escandalizado! (*Fritz entra a renovar el agua para el té*).

ROSINA.—¿Qué hace?

FRITZ.—Renuevo el agua... ¡Sí, señor!

MARTA.—Yo no voy a repetir.

ROSINA.—Yo tampoco. Llévesela.

FRITZ.—No puedo... ¡Sí, señor!

ROSINA.—¿Pero qué dice? ¿Por qué no puede llevársela?

FRITZ.—Porque no es para ustedes. Es para los señores que han llegado y quieren tomar té. ¡Sí, señor!

MARTA.—¿Están ahí?

ROSINA.—¡Haberlo dicho, hombre de Dios!

FRITZ.—Yo contesto lo que me preguntan. ¡Sí, señor! (*Entran Rudi y Enrique*).

Dichos, Rudi y Enrique

ENRIQUE.—Ya estamos de vuelta. ¿Hemos tardado?

MARTA.—Nosotras ya hemos tomado el té.

RUDI.—No importa, nosotros podemos tomarlo ahora.

ROSINA.—Es natural; contadas son las veces que lo hemos tomado juntos.

RUDI.—(*Acariciándola*). ¿Te has aburrido mucho, Rosina?

ROSINA.—Yo, con Marta, no me aburro nunca.

ENRIQUE.—Yo, con Rudi, tampoco me aburro. Nos hemos entretenido enormemente.

RUDI.—Tú me haces pasar muchas vergüenzas por la calle.

ENRIQUE.—¿Yo?

RUDI.—Tiene la mala costumbre de volverse para mirar a todas las mujeres que pasan. No importan flacas que gordas.

MARTA.—¡Bonita costumbre!

ENRIQUE.—No lo creas Marta, cosas de Rudi.

RUDI.—Y eso no es nada; si pasan al lado de él les dice barbaridades.

ENRIQUE.—¡Oh, no exageres!

MARTA.—¿No te da vergüenza hacer el ridículo?

RUDI.—Tú haces mal Enrique. Algún día te puede castigar el destino, haciendo que Marta, tu esposa, tome la costumbre de mirar a todos los hombres que pasan. ¿Te gustaría?

ENRIQUE.—Si no es eso. Marta sabe que yo la prefiero a ella sobre todas las demás, ya conoce mi carácter y sabe que no hay ningún peligro para ella, pero eres tan aburrido que yo tengo que buscar distracciones. En todo el camino hemos cambiado dos palabras. Le pedí un cigarrillo y me contestó: "No tengo". ¡Qué charlatán es tu marido!

RUDI.—Yo he venido pensando en la conferencia y no estaba dispuesto a oír tus divagaciones insustanciales.

ENRIQUE.—Yo, con la conferencia tenía bastante. ¿Para qué había de insistir en el mismo tema?

RUDI.—¿Cómo puedes decir que tienes bastante, si en la conferencia te has dormido escandalosamente?

ENRIQUE.—Yo no veo el escándalo. Dormirse es no incomodar.

RUDI.—Nadie puede juzgarse a sí mismo. Tú crees que no has incomodado porque no te has oído: ¡en mi vida he sentido roncar de esa manera!

ENRIQUE.—Eso prueba lo interesante que ha sido la conferencia. ¡Qué conferencia! Durante horas y horas he estado oyendo hablar de Papaveráceas de Solanáceas; que en Bolivia han encontrado una con siete estambres y que en Misiones han visto una de cinco. ¡Qué interesantes son las Solanáceas! ¡Qué importancia le dan a los yuyos y a los bichos!

RUDI.—Nunca más irás conmigo. ¡Donde tú no puedes ver mujeres, no te diviertes!

ENRIQUE.—Al fin estaremos de acuerdo. Te acompañaré cuando quieras ir a las carreras, o a los teatros, o donde uno pueda tener su expansión, pero a conferencias científicas irás con Rosina, si quieres compañía.

ROSINA.—¡No, gracias!

MARTA.—Ya pueden tomar el té.

RUDI.—Eso no es para ella.

ROSINA.—Yo tengo demasiado con los quehaceres del hogar. (*Irónicamente*).

RUDI.—¿Por qué lo dices en ese tono mujer? La palabra hogar, encierra tantas cosas que no se debe pronunciar con ironía.

ROSINA.—¡Rudi, sermones no, por favor, eso es muy cursi!

RUDI.—¡Cursi, cursi!..., He aquí la palabra que está siempre en tus la-

bios. Todo lo que te molesta, todo lo que no es frívolo, insustancial, es cursi para ti.

ROSINA.—¿Vienes agresivo?

RUDI.—¿Agresivo contigo, mujer mía? ¿Cómo puedo serlo? ¿No ves que hablo en broma, como se habla con una niña, con una muñeca?

ENRIQUE.—Bueno, no sigan por ese camino, que nadie puede tomar el té a gusto. Ya me has dado una tarde científica, una lata que sólo la soporta un alemán, dame ahora un cigarro y déjame que lo fume como si tuviera al conferencista en mis manos.

RUDI.—(*A Rosina*). Dale uno Rosina y a mi también. Están en aquel cajón.

ROSINA.—(*Toca el timbre*). Que venga Fritz.

RUDI.—¿No quieres incomodarte?

ROSINA.—¿Para qué he de incomodarme? ¿No está el criado para eso?

RUDI.—Como es tan poca molestia...

ROSINA.—Pues yo no tengo ganas. (*Se dispone a hacerlo*).

RUDI.—Déjalo entonces...

ROSINA.—(*A Fritz que se asoma*). No hace falta. Lo haré yo, para que usted no se arruge.

RUDI.—(*Al verla malhumorada va a su encuentro y la trae hacia la mesa, acariciándola*). Rosina... yo no he querido molestarte... No lo tomes a mal. Sabes que yo te quiero. (*Al tratar ella de separarlo*). ¿Te molestan mis caricias?

ROSINA.—Me parecen paternales no me conmueven como yo quisiera.

RUDI.—Rosina, no me hables en esa forma. Sé buena una vez conmigo.

ROSINA.—Yo también puedo pedírtelo y con más derecho.

RUDI.—Muy bien, pídeme lo que quieras.

ROSINA.—Esta noche quiero que me lleves al baile que se da en la legación.

RUDI.—¿A un baile? ¿Y conmigo? ¿Pero no puedes divertirte en otras cosas?

ROSINA.—¿Quieres que vaya a escuchar alguna conferencia científica?

RUDI.—No digo eso tampoco, pero a un baile... ¿qué he de hacer yo allí?

ROSINA.—Lo que haces siempre: dejarme sola.

RUDI.—¡Pero si yo no sé bailar, ni me divierte mirar siquiera!...

ROSINA.—¡Todos no pueden ser sabios como tú, porque entonces la vida resultaría muy aburrida! Te llevas el microscopio y estudias todos los microbios que salgan de las alfombras.

RUDI.—En un baile debe haber mucho. Además todos los que bailan son microbios para mí. (*Ríe*). Rosina es siempre una criatura... Me divierte. (*Rosina se esquiva y se aparta de él sin que éste lo note*).

Entra Fritz, trae una carta

FRITZ.—Carta para usted señora. (*La entrega a Rosina y se va*).

ENRIQUE.—¿Quieres tomar té o no?

RUDI.—Sí, como no. ¿Habrá un poco de miel?

ENRIQUE.—Aquí tienes de todo.

MARTA.—Toma. (*Observa a Rosina que comienza a ponerse nerviosa por la lectura de la carta. Se ha apartado de los demás y procura hacerlo con cierto disimulo. Luego la rompe a pedacitos. Marta se le acerca*). ¿Qué hay? ¿De quién es?

ROSINA.—¡Nada!... Mi amiga... Eloísa... Tú no la conoces... Me pide

que vaya a verla. Está en cama... quiere verme. ¡Qué fastidio tener que salir ahora!

RUDI.—¿Vas a salir?

ROSINA.—Sí. ¿Ustedes me lo permiten? ¿verdad? Marta ¿no lo tomas a mal?

MARTA.—Hija mía ¿por qué?

RUDI.—Si te vienen a visitar, no me parece bien que te vayas.

ROSINA.—Nos vemos todos los días... Si no hay confianza entre nosotros...

ENRIQUE.—(*Con la boca llena*). Le damos permiso.

ROSINA.—(*Llamando*). Yo se que ustedes no se molestarán conmigo. (*A Fritz que aparece*). Dígale al chauffeur que saque mi coche en seguida. (*Fritz vase*).

RUDI.—¿Por qué vas en tu coche? Toma uno cualquiera.

ROSINA.—Iré más a prisa y más a gusto. ¿Qué hora es?

RUDI.—Las seis y cuarto.

ROSINA.—(*Confrontando con su reloj*). Adelanto cinco minutos.

MARTA.—Hija, estás muy nerviosa...

ROSINA.—No es nada. Quiero volver pronto, si es posible, antes de que usted se retiren. Podrían cenar con nosotros. ¿Verdad?

RUDI.—¡Ya lo creo!

ROSINA.—Sí. Ustedes se quedan y así le hacen compañía a mi marido.

ENRIQUE.—Muy bien.

RUDI.—¡Oh!... Que se queden a comer me parece muy bien, pero que me hagan compañía. Yo tengo que trabajar.

ENRIQUE.—Entonces no.

ROSINA.—Sí, se quedan... Bueno ustedes se entienden.

RUDI.—Ven para acá. (*Muy calmoso junto a ella*). Rosina ¿por qué te pones siempre tan nerviosa, por cualquier pequeñez?

ROSINA.—Yo no puedo tener tu calma. Déjame ser como soy.

RUDI.—¿Pero no vés que con un poco de buena voluntad, puedes ser mucho mejor? Tu misma ganarías y luego habrías de darme la razón.

ROSINA.—Yo se que la razón estará siempre contigo, pero ¡ay!... ¡Jesús!... ¡eliges los peores momentos para corregirme!

RUDI.—Rosina... cuando se presentan.

ROSINA.—Desconozco tus condiciones pedagógicas... Creémelo, eres inoportuno.

RUDI.—Bueno... bueno... Esperaremos otra ocasión; paciencia tengo bastante. (*Aparece el chauffeur*).

CHAUFFEUR.—Cuando guste la señora.

ROSINA.—Voy. (*Chauffeur mutis*). Hasta dentro de una hora. No se vayan. Quiero que cenen con nosotros. (*A Marta en voz baja y rápidamente*). No te vayas, te lo ruego, necesito tu compañía. (*Alto*). Hasta luego Enrique.

ENRIQUE.—Que te diviertas. (*Marta se ha quedado intrigada y observándola*).

RUDI.—Rosina... (*La acompaña hasta el foro y la besa muy sobriamente*). Procura calmarte Rosina, no salgas de casa con tantos nervios. Hasta luego.

ROSINA.—Adiós... (*Sale muy apresuradamente. Rudi, algo extrañado queda meditando. Está cerca de los papeles que tiró Rosina. Como hombre ordenado los recoge, los tiene y los contempla un momento sobre la palma de su mano y luego los arroja en un lugar apropiado*).

MARTA.—Si no estuviese acostumbrada a los nervios de mi hermana, llegaría a asustarme algunas veces.

ENRIQUE.—No lo comentes ahora. ¿Qué hace aquél?...

RUDI.—¡Qué nervios... qué prisa!... y los tiene siempre para las cosas menos importantes.

MARTA.—Es su modo.

RUDI.—Antes, cuando le pedí que alcanzara unos cigarros, no quería moverse; ahora parece que tuviera hormigas en el cuerpo.

ENRIQUE.—(*Trata de distraerle*). No arrugues el entrecejo... Esto no tiene importancia. Oye una cosa, y no es por cambiar de conversación, sino por ir a lo práctico, como a ti te agrada. Nos hemos quedado para esperar a Rosina, no para hacerte compañía, de manera que si tienes que hacer, no te entretengas por nosotros.

RUDI.—Sí... voy un rato a mi gabinete. ¿Ustedes, me permiten un momento?

MARTA.—No te preocupes por nosotros.

RUDI.—(*Va pensativo; se detiene un instante y sonríe*). Esta Rosina es tremenda... me hace reír. (*Mutis con su risa bonachona de alemán algo ingenuo*).

MARTA.—Este hombre es un pan de bueno.

ENRIQUE.—Y ahora que el pan está tan caro debía ella apreciarlo un poco más.

MARTA.—Bueno, pero diciendo la verdad... el podía dedicarle más atención, debía llevarla a una que otra parte.

ENRIQUE.—Estos sabios creen que lo que no pertenece a su ciencia es inútil.

MARTA.—Si ella lo supiera pedir, lo haría... y con mucho gusto, pero ella con sus nervios y su carácter irreflexivo, todo lo hecha a perder.

Rudi que vuelve con aire preocupado

RUDI.—Yo vuelvo para preguntar una cosa a Marta; se me ha ocurrido de pronto en mi laboratorio.

MARTA.—¿Qué quieres?

RUDI.—(*Después de una pequeña pausa*). Sí; quisiera hablar contigo, pero me estorba la presencia de tu marido.

ENRIQUE.—Eso es muy sencillo evitarlo; me voy a hojear alguna revista en tu gabinete. Basta la indirecta.

RUDI.—Muy bien. Ahí sobre la mesa tienes las últimas conferencias de París.

ENRIQUE.—Basta de conferencias. Buscaré alguna revista más amena, menos pesada. (*Mutis. Pausa*).

Rudi y Marta

RUDI.—Marta, yo necesito tener una confidencia contigo. Tú eres la hermana de Rosina y has tenido siempre la ventaja de no padecer de los nervios, como ella, por eso siempre he podido cambiar opiniones contigo, lo cual me ha hecho muy bien.

MARTA.—¿Quieres preguntarme algo?

RUDI.—Sí; algo referente a Rosina.

MARTA.—¿Qué? ¿Qué quieres saber?

RUDI.—Tengo una pequeña emoción... Yo quiero saber si ella alguna vez te ha dicho que me quiere.

MARTA.—¡Pero Rudi!... ¡Qué pregunta!

RUDI.—Es muy natural. Yo tengo curiosidad... y ganas de saberlo. Puede ser que ella alguna vez, te ha contado cómo y en qué forma me quiere.

MARTA.—¿Pero tú crees Rudi que hay muchas formas de querer? Te quiere como toda mujer, debe querer a su marido.

RUDI.—¿Ella no se queja de mí? ¿No dice que yo le abandono por mis estudios?

MARTA.—Un poco se queja, es cierto... y algo de razón tiene.

RUDI.—¡Ah! ¿Sí?... ¿Te parece? Yo también creo que tiene un poco de razón. Lo he pensado ahora al ver una de mis preparaciones que, del estado coloidal y por una transfusión, comenzaba a disociarse y la desviación del espectro... bueno, tú no entiendes de eso. El caso es que este fenómeno me trajo la idea.

MARTA.—Ya al haberlo pensado has hecho algo bueno.

RUDI.—Sí. Voy a dedicarle algunas horas más, porque yo no quiero que sufra. Perdóname Marta si te parezco un poco niño al decirte que yo la quiero, que la quiero mucho.

MARTA.—No sabes cuanto me alegra oírtelo.

RUDI.—¿A ti también? Eres una mujer excelente

MARTA.—Por lo demás, todos sabemos que la quieres.

RUDI.—No, eso no lo sabe nadie más que yo, porque eso no lo digo nunca. Yo estoy seguro que la quiero mucho más de lo que ella pueda quererme a mí.

MARTA.—Rosina te quiere también. Si algunas veces protesta, lo hace por sus nervios, porque ese es su modo.

RUDI.—Yo no comprendo como se puede querer bien, con esos nervios. El amor lleva a todos a la tranquilidad, a lo tierno, porque el amor es un fenómeno de equilibrio, cuando ha llegado a su realización con tranquilidad de concienecia y dominio de espíritu.

MARTA.—Es posible que haya muchas maneras de querer, pero las más interesantes son las menos científicas. No a todos tranquiliza el amor.

RUDI.—Sí, ya se, que algunos se han vuelto locos por eso. Ahora sí, habría que investigar si no estaban locos antes de enamorarse.

MARTA.—Rosina, te quiere; eso puedo asegurártelo.

RUDI.—(*Conmovido*). Tú no sabes Marta, cuanto me gusta oírlo, aunque no sea de sus labios. Yo comprendo que en algunos momentos yo soy como un niño. Ahora, por ejemplo, estoy enternecido y todo por unas palabras de Rosina que me han dolido profundamente...

MARTA.—¿Cuáles?

RUDI.—Dijo que mis caricias no la conmovían, como ella quisiera... Que le parecían paternales. Eso me ha dolido.

MARTA.—Seguramente que no lo ha dicho con la intención que tú le das. Es preciso que pienses que no en todo has de tener siempre la razón. En los afectos, en los sentimientos de Rosina, no sabes leer como en tus libros.

RUDI.—Yo quiero aprender, quiero aprender siempre... Díme ¿dónde está mi error?

MARTA.—Es preciso que seas más afable con ella. Piensa, que muchas mujeres que se han casado con hombres de estudio y se han dado cuenta después de que el marido las abandonaba por los libros, han tenido que arrepentirse del matrimonio. (*Con gracia cariñosa*).

RUDI.—Lo sé... y lo comprendo perfectamente. La naturaleza tiene sus leyes formidables y es inútil pretender dominarlas. Pero conmigo no es el caso, porque yo la quiero, la quiero mucho y los momentos que tengo libres, deseo estar con ella aquí, en mi casa.

MARTA.—En estos momentos ella desearía salir contigo, ir a un teatro, a alguna reunión, alternar con otras personas, salir un poco de esta monotonía.

RUDI.—¿Monotonía?

MARTA.—La más abrumadora para ella, la de tu laboratorio.

RUDI.—(*Con gran asombro*). ¿Y yo entonces tengo que abandonar mi trabajo y meterme en el cuarto de costura y mirar cómo hacen para zurcir las medias y salir a bailar con ella y andar todos los días tomando el té en partes distintas, donde nunca llega uno a poderlo tomar a su gusto? ¿Todo eso tengo que hacer yo?

MARTA.—No te asustes, no exageres, nadie te exige esas cosas, pero como hombre inteligente debes tener consideración, tolerancia...

RUDI.—(*Dándole importancia a la palabra*). ¡Tolerancia!... ¡Tolerancia!... Sí, Marta, tú ahora me has convencido. Tolerancia, es la palabra... Es el fenómeno de la diferencia de potencial. Es muy claro: del más al menos se establece una corriente. Tú me has convencido. ¡Brava Marta! Yo te lo agradezco.

Dichos y Enrique

ENRIQUE.—(*Entrando*). Contigo es imposible estar de acuerdo. En todo el gabinete no hay una revista entretenida; ni siquiera mirando figuras se puede uno divertir.

RUDI.—¿Qué revistas buscabas?

ENRIQUE.—¿No me dijistes que tenías alguna de París?... Le Rire... Le Lourire... Algunas de esas divertidas...

RUDI.—¿En mi laboratorio? No te entiendo Enrique.

ENRIQUE.—Nunca estamos de acuerdo. Yo no se porque nos ocurre eso. En cualquier parte que estemos, a él nadie le entiende y a mí sí. Yo siempre con todos, me doy con todo el mundo, hablo de todo y éste no se da sino con dos o tres, habla de cosas importantes únicamente.

RUDI.—Yo sé que dicen que mi carácter es seco, pero francamente querido Enrique, yo lo prefiero así, antes de tener la humedad del tuyo.

ENRIQUE.—Mira, querido alemán, tenemos que esperar que vuelva Rosina, para llevarla al teatro, porque tú no lo harás y como no estamos aquí para hacerte compañía, es necesario que tú nos entretengas a nosotros.

RUDI.—¡Oh!...

MARTA.—Déjalo, si tiene que hacer.

ENRIQUE.—Que se fastidie. Basta de laboratorio. Vamos a jugar a cualquier cosa con tal de pasar el rato.

RUDI.—¡Oh! pero yo no se jugar más que a una sola.

MARTA.—¿A cuál? ¿A qué?

RUDI.—A la fortaleza.

ENRIQUE.—Un poco inocente es el juego, pero en fin...

RUDI.—¡Qué hombre este Enrique que, hasta en el juego, tiene que buscar las picardías.

ENRIQUE.—No te enojes por eso, jugaré a lo que quieras.

RUDI.—Tienes el demonio en el cuerpo. ¿Te aflije jugar a una cosa inocente una vez en tu vida?

ENRIQUE.—Al contrario, haré cuenta que me reconcilio con los santos.

RUDI.—Para que veas que no es tan inocente te voy hacer trampas... ¿Tú no te enojarás Marta?

MARTA.—Nada de eso.

RUDI.—(*Va con ellos a la mesita de juego*). ¡Eres una mujer superior! Mereces un marido mucho mejor del que tienes.

MARTA.—Estoy muy conforme con el marido que tengo. A las mujeres como yo, un hombre demasiado superior, lleno de sutilezas, nos complica la vida. No sabemos entenderle y corremos el peligro de aburrirnos.

ENRIQUE.—Gracias, por la parte que me has dedicado.

RUDI.—(*Ríe ingenuamente*). No hay de que. Hoy estoy contento. La conversación con Marta me ha hecho bien. Hoy ha entrado un poco de sol en mi laboratorio.

ENRIQUE.—Bastante falta que hace renovar un poco tus libros. Yo te voy a regalar unas novelitas, para que te distraigas.

RUDI.—¡No, gracias!

MARTA.—¿Quién sale?

ENRIQUE.—El sabio, primero.

RUDI.—Dice un refrán aquí: El burro siempre delante... Entonces debes salir tú. (*Ríe francamente*).

ENRIQUE.—Estás chistoso. (*Juega*). No tengo amor. Verás como el burro es el que pierde. (*Señalándolo. Se oye un rumor lejano que irá aumentando a medida que se acercan las personas*).

MARTA.—¿Qué pasa?

ENRIQUE.—Es en el jardín.

MARTA.—Vienen hacia aquí.

ENRIQUE.—(*Se levanta para asomarse*). Algo extraño ocurre.

RUDI.—Ya lo sabremos.

MARTA.—(*Al verlo entrar vendado*). ¡El chauffeur! (*Chauffeur viene vendado, Fritz lo trae*).

Dichos, Chauffeur y Fritz

RUDI.—¿Qué?... ¡Donnerwetter!... ¿Qué ha pasado? ¿Was ist los? (*Escrito como se pronuncia aproximadamente*).

MARTA.—¿Y Rosina?

CHAUFFEUR.—Uu accidente...

RUDI.—Pero ¿y la señora?

CHAUFFEUR.—Muy mal...

MARTA.—¡Hable por Dios!

CHAUFFEUR.—Es horrible...

RUDI.—¿Dónde está?

CHAUFFEUR.—La han llevado al hospital más cercano.

RUDI.—¿Cómo ha sido? ¿Por qué ha hecho usted eso?

CHAUFFEUR.—No ha sido culpa mía, señor... Ibamos por el bajo...

RUDI.—¿A dónde iban?

CHAUFFER.—No me lo dijo, me iba indicando las vueltas. Me obligaba a correr cada vez más... Al llegar al bajo y como el coche ya no daba más, creyó que yo tenía miedo y quiso conducir ella. No me hizo caso, corría desesperada-

muerte. De pronto, por evitar un choque, desvió mal y nos estrellamos contra una columna. A mí me despidió a gran distancia, pero ella quedó debajo...

RUDI.—¿Vive?

CHAUFFER.—La llevaron al hospital... Yo no sé.

MARTA.—¿Muerta?...

CHAUFFER.—No...

MARTA.—Vamos inmediatamente. (*Salen todos precipitadamente. Rudi hace también que va a salir pero de pronto se detiene y quedándose sólo en medio, frío y como para sí dice:*)

RUDI.—¿Dónde iba esa mujer con tanta prisa?...

TELON

Acto segundo

Gabinete de confianza de Rosina. Puerta al fondo que comunica con la alcoba de Rosina. Una lateral. En sitio visible "secretaire" cerrado con llave.

Al levantarse el telón Marta en traje de casa medio dormida en un sillón con un libro en la mano vela a la enferma.

LUISA.—(*Saliendo lateral en voz baja*). Señora. (*Acercándose*). Señora...

MARTA.—¿Qué quieres Luisa?

LUISA.—Preguntaban por teléfono por el señor Rudi y el señor Enrique.

MARTA.—¿Qué dijo usted?

LUISA.—Que habían salido los dos.

MARTA.—¿De parte de quién preguntaban?

LUISA.—No me contestaron, señora. Cuando pregunté colgó el tubo en seguida. Averiguó primero si los señores tardarían en regresar. Dije que no lo sabía.

MARTA.—Es igual. De todos modos no hemos de recibir a nadie. (*Medio mutis Luisa*). Oiga, Luisa. Quiero pedirle que delante del señor Rudi no vuelva a repetir lo que ha hecho ayer.

LUISA.—Señora... (*No sabiendo a que se refiere*).

MARTA.—Mi cuñado lleva unos días en un estado de nervios imposible. Todos estamos bajo el peso de la desgracia ocurrida pero, todos procuramos sobrellevarla, mientras exista una esperanza de salvación para Rosina. Rudi se niega a acogerse a esa esperanza y su estado me inspira casi tan serios cuidados como mi hermana. Usted, sin darse cuenta, aviva a cada momento su dolor hablándole de cosas pasadas de Rosina.

LUISA.—Perdóneme señora; no lo volveré a hacer. Si que da lástima el señor Rudi. Ayer se pasó toda la tarde en ese mismo sillón sin hacer ni un solo movimiento. Si alguien se acercaba a hablarle parecía que no lo entendía... ni lo veía siquiera.

MARTA.—Rosina es todo su amor y la idea de perderla le trastorna de un modo que yo no podía esperar dentro de la ecuanimidad de su carácter y la tranquilidad de su espíritu.

LUISA.—Usted también, señorita, se va a matar. Hace dos días que casi no prueba bocado y no consiente que nadie vele a la señorita más que usted.

MARTA.—De mí no te preocupes, Luisa. Necesito ser fuerte por todos. ¡Si yo me dejase vencer por el dolor!... ¡Y tú sabes que mi dolor es inmenso, porque Rosina no es una hermana para mí, es mi hija! Y no la quería más si en realidad lo fuese.

LUISA.—¡Pobre señorita! ¡Quién lo hubiera imaginado! ¡Tan alegre como estaba el día de la desgracia!

MARTA.—Sí. Pero tú que siempre estabas al lado de ella. ¿No te fijaste? Había más fingimiento que verdad en su alegría. Algo extraño pasaba por su imaginación. Me dijo últimamente, así, con palabras entrecortadas, algo que no pude entender bien. Quería que cumpliera un deseo suyo como si sospechara o temiese su desgracia.

Dichos y Fritz

FRITZ.—(*Entrando por lateral*). Señora.

MARTA.—¿Qué hay, Fritz?

FRITZ.—Un señor que desea ver a usted.

MARTA.—¿A mí?

FRITZ.—A usted, sí, señora.

MARTA.—¿Pero no sabes que no quiero recibir a nadie?

FRITZ.—Lo sé, y le dije que era imposible, como usted me ha ordenado, pero él dice que no viene como visita y que es absolutamente necesario que hable con usted. Cuando dijo "absolutamente necesario", yo resolví prevenírselo a usted.

MARTA.—Le he dicho que a pesar de todo no quiero recibir a nadie. Todos los que vienen a fastidiar dicen lo mismo.

FRITZ.—Pero este señor está tan nervioso que no creí conveniente negar más tiempo.

MARTA.—Bien. De todos modos dígale usted que no puedo recibirlo. No me interesan nervios ajenos. (*Fritz va a hacer mutis y en ese momento aparece Federico*).

FRITZ.—Ya es tarde. (*Mutis Fritz y Luisa*).

Marta y Federico

FEDERICO.—Perdóneme usted señora si rompo la severidad de su consigna. He insistido en verla porque es absolutamente necesario que yo hable con usted.

MARTA.—(*Alargándole la mano*). Perdone usted a mi vez, Federico, mi negativa en recibirle. Usted comprenderá...

FEDERICO.—Ante todo... ¿Cómo está?

MARTA.—Los médicos desesperan de salvarla.

FEDERICO.—¡Pobre Rosina!

MARTA.—Yo le creía de viaje Federico. Por eso me ha sorprendido doblemente verlo entrar.

FEDERICO.—Acabo de llegar de Montevideo desde donde me disponía a continuar mi viaje a Europa. Me enteré por un periódico de la desgracia que les aflije y sin perder un momento me embarqué hacia acá.

MARTA.—(*Con cierta sorpresa*). ¿Por nuestra desgracia? No comprendo que a pesar de la amistad que nos une, renuncie usted a su viaje a Europa; una carta condoliéndose hubiera bastado.

FEDERICO.—(*Después de una pausa embarazosa*). Permítame que me serene un poco... disculpe mi emoción, Marta, si supiera... Necesito hablar con usted y tiemblo de empezar... ¿Me permite usted que me siente?

MARTA.—¿Cómo no? (*Indicándole asiento*). Sus nervios me intrigan. ¿Dice usted que tiene absoluta necesidad de hablarme?

FEDERICO.—Sí, señora.

MARTA.—¡Pues hable usted ya!

FEDERICO.—(*Vacilando y muy entrecortado por sus nervios*). Contésteme a una pregunta señora... el doctor Rudi... no está en casa ¿verdad?

MARTA.—Salió a preparar él mismo un medicamento para Rosina, acompañado de mi marido.

FEDERICO.—Me dijeron por teléfono que no estaba y quería convencerme.

MARTA.—¿Ah, fué usted? Federico, su actitud me intriga; le suplico que hable. Ha comenzado usted llenándome de inquietud y ya no consentiría que se fuese sin decir palabra.

FEDERICO.—Es... de Rosina de quien tengo que hablar.

MARTA.—La señora de Rosental querrá usted decir.

FEDERICO.—No; para mí ha sido siempre, Rosina.

MARTA.—¿Qué quiere usted dar a entender?

FEDERICO.—Nada que no sea verdad. Es necesario preservarla de una nueva desgracia.

MARTA.—¿Qué dice usted? ¿Qué mayor desgracia que la muerte que la acecha? ¿Quiere usted hablar con claridad?

FEDERICO.—Marta... ¿Cómo hacer llegar a sus oídos, sin ofenderla, sin lastimar el amor enorme que yo se que siente por su hermana, lo que yo tengo que decirle?

MARTA.—¡Acabe usted!

FEDERICO.—Dice usted que los médicos desconfían de salvarla, que se espera un triste final, ¿verdad?

MARTA.—Sí. No cabe engañarnos. Ya le he dicho antes que su situación es desesperada.

FEDERICO.—Entonces es necesario que usted sepa la verdad. Sólo usted puede salvarla moralmente; sólo usted puede hacer que su memoria quede pura a los ojos de los demás... y, usted sola que siempre ha sido una madre para ella, soporte el dolor de la verdad. (*Bajando el tono*). En aquel secretaire guarda su hermana un paquete de cartas que pueden comprometerla.

MARTA.—¡Me está usted volviendo loca!... ¡Unas cartas!... ¿Qué quiere usted dar a entender?

FEDERICO.—Perdóneme usted, este gran dolor que le proporciono, sufro tanto como usted y me he visto en la obligación de expresárselo para que, entre los dos, evitemos que el marido llegue a enterarse, si es tiempo todavía.

MARTA.—Unas cartas... de usted a Rosina...

FEDERICO.—Sí...

MARTA.—(*Queriendo engañarse a sí misma*). ¿Pero qué pueden importar unas cartas de amigos? Rosina siempre ha sido libre en sus actos y en su correspondencia... ¿Qué puede importar?... O es que esas cartas... (*No pudiendo ya engañarse*). Rosina y usted...

FEDERICO.—Sí. Yo la he querido entrañablemente, no he vivido sino para ella, he sido su consuelo cuando lloraba la indiferencia de su marido.

MARTA.—(*Como despertando de un sueño*). Rosina... ha engañado a Rudi, el más bueno, el más leal de los hombres... y ¡con usted! (*Con desprecio*).

FEDERICO.—Rudi, no la comprendía. (*Disculpándola*).—

MARTA.—¡No la comprendía!... He aquí la eterna cuestión. No es disculpa aceptable; el adulterio no puede disculparse tan cómodamente. ¡Ni usted ni ella tienen perdón para mí!... Mi hermana... mi hija más bien... ¡Ha destrozado usted mi ídolo!... No quiero saber más, le prohibo que siga.

FEDERICO.—Señora... no olvide usted en este instante a su hermana; es a ella a quien debemos salvar y le suplico que no vacile usted un momento, porque mañana puede ser tarde.

MARTA.—(*Con amargura*). ¡No ha tenido usted en cuenta que era una chiquilla atolondrada! ¡Se ha aprovechado usted de su inexperiencia!

FEDERICO.—No me mortifique señora. En estos trances del amor, muchas veces la bondad es un mal; un mal para los otros, para los que no comprenden que nada hay en la vida, que esté sobre el amor.

MARTA.—Ustedes son los culpables de todo. Si ustedes tuvieran ese sentimiento de bondad, la vida se iría perfeccionando.

FEDERICO.—Tiene usted razón. Yo fuí el culpable; ella era una niña apasionada.

MARTA.—Debí sospecharlo.

FEDERICO.—Yo no tengo más disculpa que mi amor. (*Pausa*).

MARTA.—¿Dice usted que en aquel "secretaire" están sus cartas?

FEDERICO.—Deben estar allí. Ella me indicó muchas veces el sitio donde las guardaba.

MARTA.—¿Estarán todavía? ¿No habrá Rudi?... ¡No! ¡No! Desde que Rosina está enferma él casi no se separa de su lado. Todos esperamos su muerte; los médicos lo dicen y Rudi se atormenta demasiado con sus recuerdos. Si Rosina muere... (*Con indignación*). ¡Me obliga usted casi a desearlo!

FEDERICO.—(*Dulcemente*). No diga usted eso, Marta. (*Sacando un paquete*). Aquí están las que ella me escribió. Las pongo en sus manos para que todo quede destruído.

MARTA.—(*Contemplándolas*). ¡Rosina, yo tampoco he sabido comprenderte!

FEDERICO.—Quisiera pedirle a usted un último favor.

MARTA.—¿Cuál?

FEDERICO.—(*Sacando un retrato chiquito*). Este retrato de Rosina quisiera conservarlo, pero no sin que usted lo sepa.

MARTA.—Imposible. Para la tranquilidad nuestra es preciso destruir todo indicio.

FEDERICO.—Yo le juro que nadie lo verá. Déjeme usted conservar este único recuerdo.

MARTA.—Le he dicho a usted que es imposible. No es hora esta de concesiones.

FEDERICO.—(*Devolviéndoselo*). Tiene usted razón. Es hora de renunciamiento. (*Marta esconde en su pecho todo*).

MARTA.—Ahora las otras cartas. (*Va al secretaire*). ¡Está cerrado! ¿Quién tendrá la llave?

FEDERICO.—Era una muy pequeña que llevaba siempre consigo.

MARTA.—(*Llamando al timbre*). Las llaves están todas juntas las he visto sobre uno de estos muebles. (*Aparece Fritz*). Llame usted a Luisa. (*Mutis, Fritz*). ¿Por qué no vino usted antes? Es preciso que esas cartas no caigan en manos de Rudi. Por la memoria de mi hermana si muere, o por la tranquilidad de los dos si llegara a salvarse. Ha tardado usted demasiado. Quiero creer que Rudi no se ha acercado aquí. Pero... ¿y si la fatalidad lo hubiera impulsado? ¡No quiero pensarlo! ¡Y usted se iba a Europa! ¡Quizás para librarse de ella!

FEDERICO.—¡Oh! No. Yo tenía que irme. Ella no quería dejarme a pesar de saber lo imprescindible de mi viaje. Los últimos días nos habíamos disgustado por eso mismo. Hasta el último momento tuve que ocultarme y únicamente desde a bordo le envié mi última carta de despedida. Sabía de sobra que si la volvía a ver, no podría irme.

MARTA.—Ahora comprendo hacia donde corría esa tarde. Usted ha sido el culpable de todo; aún tenía la esperanza de retenerlo. (*Federico se inclina anonadado*).

LUISA.—¿Llamaba la señora?

MARTA.—¿Dónde han quedado las llaves que reunimos ayer?

LUISA.—El señor Rudi estuvo esta mañana abriendo esos muebles. (*Marta y Federico se miran consternados*). Creo que él las tiene consigo.

MARTA.—Está bien.

LUISA.—¿Busca algo la señora?

MARTA.—No; era para guardar una cosa. Puedes retirarte. (*Mutis Luisa*). ¡Ve usted la fatalidad!

FEDERICO.—¿Y si intentásemos abrirlo?

MARTA.—¿Cómo?

FEDERICO.—Descerrajándolo.

MARTA.—Sería peor.

FEDERICO.—(*Sacando unas llaves*). Tal vez alguna de las mías... (*Después de probarlas*). ¡No sirve ninguna! (*Intenta forzarlo*).

MARTA.—No haga usted eso, que puede comprometerlo todo. En cuanto venga Rudi trataré de obtener la llave, con algún pretexto, y si aún es tiempo la salvaremos.

FEDERICO.—Cueste lo que cueste es preciso salvarla.

MARTA.—Si Rudi ha encontrado las cartas es todo inútil.

FEDERICO.—Aún queda un último recurso.

MARTA.—(*Con desaliento*). ¿Cuál?

FEDERICO.—Mis cartas no llevan en ninguno de sus párrafos ni una inicial, ni un nombre, que permitan suponer a quién van dirigidas. Ella que tenía un empeño pueril en conservarlas destruía siempre los sobres.

MARTA.—Y qué importa, si al estar en su "secretaire" ya lo dicen todo.

FEDERICO.—No; porque esas cartas podía tenerlas ella en depósito y...

MARTA.—¿Qué piensa usted?

FEDERICO.—(*Indeciso*). Podían ser unas cartas que usted le dió a guardar.

MARTA.—¿Mías? ¡Está usted loco! ¡Ni para salvar a mi hermana, que es mi propia vida, puedo pasar ante nadie por una mujer perdida! ¡Decirle yo a Rudi, ese hombre tan honrado y tan íntegro, que tengo un amante! ¡Nunca! ¡Usted que hizo el daño remédielo a costa de su honor, no trate de ocultarse entre los girones del honor ajeno!

FEDERICO.—Perdóneme, señora.

MARTA.—Vienen: ¡márchese usted!

FEDERICO.—Ya es tarde. Déjeme usted fingir naturalidad.

MARTA.—No sé si podré soportar su presencia ante Rudi.

FEDERICO.—Por ella se lo ruego.

Dichos, Enrique y Rudi

ENRIQUE.—(*Entrando con Rudi*). ¡Hola Federico! No esperaba verlo a usted aquí.

FEDERICO.—Estaba ausente. Por eso no les he acompañado en su desgracia. (*A Rudi*). Acepte usted mis sentidas condolencias. (*Rudi agradece sin contestar*).

ENRIQUE.—Pues nosotros nos hemos instalado en esta casa a pedido de Rudi.

RUDI.—Sólo aquí no podría seguir. En todos los detalles hay para mí un recuerdo.

MARTA.—Querido Rudi, hablas como si en realidad no hubiera ninguna esperanza y todos creemos...

RUDI.—No, Marta, no. Tú sabes también como yo que mi Rosina se va para siempre. (*Con una gran melancolía. Hay un momento de pausa y tristeza*).

MARTA.—(*Sobreponiéndose*). No sé por qué has de tener ese pesimismo. Mientras queda vida, queda esperanza.

RUDI.—(*Un poco infantilmente*). ¡Si Dios quisiera conservármela! ¡Vamos con ella! Usted disculpe, Federico, si no tengo ánimo para atenderlo como otras veces. Cuando el dolor nos sorprende parece sea más intenso. No estaba yo preparado.

FEDERICO.—Ha sido una sorpresa muy cruel para todos.

RUDI.—Gracias. ¿Cómo ha sido ese accidente?

FEDERICO.—¡Era tan nerviosa!...

RUDI.—Nerviosa en su forma, pero no en su fondo, porque entonces no hubiera tenido tanto cariño en su alma. Era un carácter muy apasionado... tenía tantos encantos... Era todo mi contraste. Por eso la adoraba, porque era mi complemento, la alegría de mi gabinete, la luz de mi vida!... Para quién sino para ella han sido mis triunfos... Detrás de toda investigación tenía yo la esperanza de conseguir su aplauso... yo no podía regalarle joyas más valiosas que los triunfos obtenidos por mí, triunfos que toda la humanidad había de agradecerle...

FEDERICO.—No todas las mujeres saben valorar eso. Hay otras, que muy sinceramente agradecen más un beso a tiempo o la comprensión de un capricho.

RUDI.—Lo sé... Hay otras también para las cuales el amor no es más que un capricho. Pero esas no existen para mí.

MARTA.—Rudi, no detengas a Federico; pensaba marcharse cuando ustedes llegaron.

ENRIQUE.—No haga cumplidos por nosotros.

FEDERICO.—Nada de eso... Me retiro porque tengo que terminar algunos detalles para mi viaje.

RUDI.—Disponga usted de su tiempo.

FEDERICO.—(*Despidiéndose de Marta*). Señora... No quiero molestarla más. (*En voz baja*). Perdónela usted y sálvela.

MARTA.—Adiós Federico... y tenga buen viaje.

FEDERICO.—Gracias (*A Rudi*). Adiós...

RUDI.—¿Dice usted adiós? ¿No volveré a verlo nunca más?

MARTA.—Federico piensa quedarse en Europa por muchos años.

RUDI.—Buen viaje entonces.

ENRIQUE.—Le acompaño a usted. (*Mutis Federico y Enrique lateral. Rudi queda contemplando un retrato de Rosina que había sobre el "secretaire". Marta conteniendo sus nervios, espía todos sus movimientos. Enrique vuelve. Marta va a su encuentro y le dice en voz baja*:)

MARTA.—Déjame un instante con Rudi; sé que desea hablarme.

RUDI.—Voy con Rosina.

MARTA.—Espera, Rudi. Enrique va a tener cuidado. No puede hacerte bien estar siempre ahí y si entramos todos, le viciaríamos el ambiente; quedémonos un poco aquí.

ENRIQUE.—Sí; yo voy con ella. (*A Marta*). Procura distraerlo. (*Mutis foro*).

RUDI.—Marta, eres una mujer admirable. Animosa, fuerte... Yo sé cómo quieres a tu hermana y admiro tu resignación.

MARTA.—No rechazo tus elogios. Más valor se necesita para esta tranquilidad aparente no creas. Parece que cuando el dolor se puede gritar dura menos.

RUDI.—Sí, es verdad. Todas las manifestaciones violentas desahogan. Yo tampoco puedo gritar y por eso que siento unas manos de hierro que me oprimen tan fuerte aquí... y aquí... (*Señalando la frente y el pecho*).

MARTA.—Quién sabe todavía. Rosina es tan joven, tan fuerte... Confiemos un poco.

RUDI.—¡Confiar! ¡Yo quisiera!... ¡Me haría tanto bien!... Vamos con ella; no quiero perder mucho tiempo lejos de su lado. (*Inicia mutis foro*).

MARTA.—Rudi: yo quisiera pedirte un favor.

RUDI.—Lo que tú quieras. Nada puedo negarte.

MARTA.—¿Recuerdas ese anillo que usaba... uno que le había regalado mamá... cuando niña?...

RUDI.—Sí, cómo no.

MARTA.—Yo quisiera usarlo, es un recuerdo de ella y de mamá...

RUDI.—Me agrada... cómo no.

MARTA.—Creo que está guardado aquí en su "secretaire".

RUDI.—No puede ser... ¿No es que ella lo llevaba puesto?

MARTA.—Ultimamente se lo había quitado porque le quedaba chico... Yo sé que lo guardó aquí.

RUDI.—¡Ahí están todos sus recuerdos!... Quiero conservarlos como si fueran reliquias.

MARTA.—¿Dónde estarán las llaves?

RUDI.—Yo las tengo. (*Las saca. Se dispone a abrir. Marta muy nerviosa*).

MARTA.—Déjame a mí, si no quieres recordar... Ve con ella, anda, yo voy en seguida.

RUDI.—No es incomodidad, sino un placer, aunque doloroso, pero lo deseo... (*Abre*). Aquí están sus cosas... En este secante están las últimas palabras que ha escrito, cuando estaba tan contenta. ¡Su letra!... Cómo se ven sus nervios en todos los detalles. Nunca pude conseguir que escribiese con calma.

MARTA.—(*Procura continuamente deslizar su mano para encontrar las cartas*). Déjame que busque la sortija.

RUDI.—Por Dios, no te apresures... ya la encontraremos.

MARTA.—Este muñeco lo tenía como mascota.

RUDI.—¡Tan niña, en algunas cosas!... Creía que esto le daría suerte y no creía en cambio que sus nervios pudieran perjudicarla. Siempre me detengo en el mismo punto. ¿Dónde iba con tanta prisa?

MARTA.—Tú mismo lo dices, sus nervios lo explican todo, lo ha hecho de atolondrada.

RUDI.—¡Sí, pero ese afán de velocidad tendría algún motivo!

MARTA.—Motivo ninguno, nervios únicamente.

RUDI.—(*Buscando en los distintos cajones*). Aquí guardaba un programa de teatro. (*Lo hojea*). ¡Ah!... ¡Fué la primer salida que hicimos después de casarnos!... Mira, fíjate aquí, Marta... En un momento yo le escribí con lápiz estas palabras que están aquí... (*Lee*). "El amor justifica la vida". (*Conmovido*). ¡Y ella lo conservaba! ¡Qué dulce es eso! Perdóname si mis ojos se nublan. (*Queda contemplando las palabras escritas y se abstrae. Marta, mientras, abre un cajón y su sorpresa manifiesta haber dado con las cartas. Tiene un movimiento instintivo que expresa el temor de apoderarse de ellas, que Rudi apercibe. Rudi reacciona. Ve el cajón que ha quedado abierto y lleva a él maquinalmente su mano*). Hoy pienso que yo he sido poco atento con ella.

MARTA.—(*Deseando desorientarlo*). Fíjate en aquel cajón. Debe estar allí el anillo y si no luego lo buscaremos: Vamos con Rosina.

RUDI.—Aquí no... Sí... aquí hay un pequeño estuche. Quita tus manos de ahí. Quiero tener yo el placer de encontrar sus cosas. Quiero verlas, así tal cual ella las ha dejado. Este es el estuche... el anillo no está.

MARTA.—Déjame buscar a mí.

RUDI.—Si el anillo está aquí no va a desaparecer. (*Saca el paquete de cartas*). ¿Esto?...

MARTA.—Déjame ver algo a mí también. ¡Jesús!... yo no te voy a robar nada.

RUDI.—Bueno... mira lo que quieras.

MARTA.—Dame eso.

RUDI.—No... deben ser cartas de Rosina... las llevaré a mi cuarto para leerlas.

MARTA.—(*En un arranque*). ¡No! ¡eso no!

RUDI.—¿Por qué?

MARTA.—Puede hablar de cosas de ustedes, cosas íntimas que avivarán tu

recuerdo y pasarás una mala noche. Además, las cartas sean de quien sean se deben respetar.

RUDI.—Eso no me importa. Ya te he dicho; si son de ellas son mías.

MARTA.—Es un placer muy raro el que buscas. Tú sabes que la vida se impone duramente y es preciso resignarse a todo esto, que es superior a nuestras fuerzas, no nos entreguemos, guarda eso.

RUDI.—¿Y tú crees que si yo no leo cartas he de pasar la noche tranquilamente?

MARTA.—No me convences. Yo te lo suplico: no leas esas cartas.

RUDI.—(*Pausa. Se acerca a ella lentamente*). ¿Por qué te interesa tanto que no las lea?

MARTA.—¡Qué tontería!... me interesa por ti, no por mí. Tú no puedes seguir en ese estado de ánimo. Por ti, por todos nosotros, te ruego, te suplico que no las leas.

RUDI.—¡Quiero leerlas!

MARTA.—(*Al ver que Rudi desata el paquete, tiene un gesto impulsivo*). ¡No!

RUDI.—¡Marta!

MARTA.—No; no puedo, no quiero dejarte que las leas. ¡No debes leerlas!

RUDI.—(*Con cierto temor*). ¿No debo leerlas?

MARTA.—¡No, no! ¡Te lo prohibo!

RUDI.—(*Las vuelve a tomar decidido*). ¡¡Sí!!

MARTA.—¡Esas cartas no son de Rosina! ¡Son mías, son ¡de mi amante!

RUDI.—(*Con gran repugnancia*). ¡Un amante! ¡Tú!

MARTA.—¡Sí, sí! Te he engañado, no era el anillo, lo que buscaba, sino esas cartas que son mías.

RUDI.—Y tú eres la mujer en quien yo confiaba para que aconsejase a Rosina. ¡¡La madrecita!! (*Como un bofetón, la toma de las muñecas y la mira fijamente*). ¿Y si yo ahora se lo dijera a tu marido para que te despreciara como mereces? ¡Toma! (*Le da las cartas*).

MARTA.—(*Diciendo con el gesto*). ¡Al fin! (*Las destruye*).

RUDI.—No importa que las destruyas si no puedes destruir tu pasado. Tu falta no la rompes con ellas. (*Marta rota ya la tensión de sus nervios se deja caer sollozando en un sillón. Entra Enrique, se queda mirando a los dos extrañado. Rudi los mira, no puede aguantar la verdad, inesperada y se va por no hablar. Mutis violento*). ¡Oh! ¡Esto es superior a mí! (*Marta sigue llorando y Enrique atónito sin comprender*).

TELON

Acto tercero

El mismo decorado. De mañana

Ha pasado un mes. Un montón de libros. Fritz ocúpase en empaquetarlos. Cruzará la escena repetidas veces llevando y trayendo. Enrique entrando.

ENRIQUE.—¿Qué hace usted con esos libros?

FRITZ.—Los estoy encajonando.

ENRIQUE.—¿Y para qué?

FRITZ.—El doctor me ha ordenado que lo haga. Sí, señor.

ENRIQUE.—Me imagino que no lo hace por su cuenta, pero yo le pregunto, que para qué lo hace.

FRITZ.—El doctor piensa mudar de casa. Sí, señor.

ENRIQUE.—¿Cuándo se le ha ocurrido eso?

FRITZ.—No me lo ha dicho. Sí, señor.

ENRIQUE.—¿Pero, cuándo le ha dado la orden de acondicionarlos?

FRITZ.—Precisamente esta mañana a las siete menos un cuarto me llamó a su aposento y me dijo: Machen Sie ferting, es decir, como usted no entiende, voy a traducir: Fritz, guarda toda mi biblioteca en cajones distintos como para poderme mudar a la mayor brevedad posible, sí, señor.

ENRIQUE.—Está bien. Siga en su trabajo.

FRITZ.—Sí, señor, yo sigo. (*Sale llevando libros*).

ENRIQUE.—(*Muy intrigado*). ¿Qué se le habrá ocurrido?... (*Rudi viene muy caviloso, con la mirada fija en el suelo*).

Enrique y Rudi

ENRIQUE.—Buenos días, Rudi. (*El levanta los ojos y lo mira un rato*). ¿Qué mala cara tienes? ¿Qué te pasa?

RUDI.—No he dormido en toda la noche. Hace mucho tiempo que no duermo...

ENRIQUE.—¿Cómo te encuentras?

RUDI.—(*Esquivándose*). Bien... ¿y ustedes?

ENRIQUE.—Lo mismo. Dime, ¿qué piensas hacer con tus libros? ¿Por qué me miras con tanto asombro? ¿Piensas mudar de casa? ¿Y por qué?

RUDI.—No quiero... no puedo seguir viviendo aquí.

ENRIQUE.—¿Qué motivo tienes?

RUDI.—No importa el motivo... Yo mismo no lo sé, tal vez, pero quiero vivir solo... solo con Rosina. Ella está mucho mejor durante este mes.

ENRIQUE.—Si es por eso, nosotros nos iremos. Volveremos a tener casa como antes.

RUDI.—No es justo. Ustedes han dejado la que tenían por pedido mío y ahora no quiero incomodarlos más. Ahora soy yo quien debe buscarla.

ENRIQUE.—No te entiendo. Siempre has sido partidario de que viviésemos todos juntos, yo me he opuesto siempre y ahora que me ha parecido lo más conveniente eres tú quien cambia de idea... Por algo será.

RUDI.—¡Quiero vivir solo!...

ENRIQUE.—¿Pero por qué? Tú no sabes mentir, tus ojos te traicionan. Dame una explicación, creo que la merezco. ¿No comprendes que tu silencio puede ofenderme?

RUDI.—Yo no puedo ofenderte porque esa no es mi intención. Tú lo sabes

demasiado bien. Cuando yo tomo afecto a una persona es porque hay raíces dentro de mí. No así no más puedo retirarte el afecto, el cariño que te tengo, mi querido Enrique. No me preguntes nada. Yo sé lo que te digo.

ENRIQUE.—¡Qué raro estás! ¡Rudi, tú no me dices la verdad!

RUDI.—¡La verdad! ¿Cuál es la verdad? ¿Dónde está la verdad? Tantos años de estudio que llevo buscando la verdad en la ciencia y escribiendo libros y libros, asegurando que la hemos encontrado a través de tantas teorías y cuando se trata de nosotros, de nuestro corazón, de nuestra vida íntima, nunca sabemos dónde está la verdad! ¡Qué poco somos, qué poco valemos y cuánto orgullo nos ciega!...

ENRIQUE.—Explícame tus palabras, me desconciertas con tus divagaciones.

RUDI.—Estoy en un estado un poco melancólico, perdóname, pero te contemplo y te pregunto... ¿tú te sientes feliz?

ENRIQUE.—Completamente.

RUDI.—¿Cuál es tu felicidad?

ENRIQUE.—...No tengo motivo de queja...

RUDI.—¿La ausencia de dolor te hace feliz?

ENRIQUE.—Eso...

RUDI.—Tu mujer te quiere...

ENRIQUE.—Mucho... y yo a ella...

RUDI.—¡Y tú a ella!... Ya lo ves, para tí, esa es la verdad, la única verdad que te interesa, ¿para qué quieres la mía entonces?

ENRIQUE.—Estás enigmático, háblame más claramente.

RUDI.—Mi modo de ser es distinto al tuyo, no indagues, porque para mí la verdad no es más que una: la verdad pura, la verdad matemática que no admite relatividades (*exhaltándose involuntariamenete*) y un ocultamiento quema mi conciencia y... (*Queda mirándolo sin continuar. Pausa. Rudi procura distraerse*).

ENRIQUE.—¡Continúa!

RUDI.—¿Has hablado con tu mujer?

ENRIQUE.—¿Sobre qué?

RUDI.—¡Hum! ¿Después de hablar con ella no tienes nada que decirme?

ENRIQUE.—Nada de particular. Pero ¿por qué?

RUDI.—Ahí viene ella.

Dichos y Marta

MARTA.—(*Saliendo foro*). Buenos días, Rudi. ¿Sabes? Rosina se encuentra divinamente. Quiere levantarse un rato. ¿Qué te parece? (*Rudi no contesta y se esfuerza en contemplar unos libros*). Yo creo que no le hará daño.

RUDI.—(*Sin contestarle hace mutis, llevándose unos libros y diciendo*): ¡La verdad! ¿Dónde está la verdad?

Enrique y Marta

ENRIQUE.—No te ha contestado. ¿Qué le pasa?

MARTA.—No lo sé. Está raro.

ENRIQUE.—He notado hace tiempo que no te dirige la palabra. ¿Qué ha pasado entre ustedes?

MARTA.—(*Confundida*). No sé... No me lo explico...

ENRIQUE.—Algún motivo debe tener. ¿No le encuentras algo anormal en su mirada... en sus palabras?...

MARTA.—Lo encuentro melancólico...

ENRIQUE.—Lo he visto dos o tres veces sentado, con la mirada fija en el suelo y cuando me ha visto ha procurado huirme. No me sostiene la mirada, como antes. ¿Quién sabe lo que está maquinando?... Me ha preguntado con insistencia si tú no me has dicho nada. ¿Qué tienees que decirme?

MARTA.—(*Sorprendida*). ¿Yo?... No se a que se refiere...

ENRIQUE.—Tú debes saber por qué no te dirige la palabra. ¿Acaso le has ofendido durante alguna conversación que han tenido ustedes?

MARTA.—No. Nunca hablamos más que de Rosina. Cosas de él...

ENRIQUE.—Ya ves como se ha retirado murmurando palabras incomprensibles... Algo debes saber tú. ¿No quieres decírmelo? Marta... soy tu marido y no tienes derecho a ocultarme lo que necesito saber para salir de esta situación ambigua... ¿Qué secreto puedes tener para mí?

MARTA.—¡Enrique!... tú no tienes nada que temer. Me conoces demasiado para no dudar jamás de mí. Si algo pudiera ocultarte sería siempre en defensa de un interés ageno.

ENRIQUE.—¿De quién?

MARTA.—De Rosina... Y no preguntes más.

ENRIQUE.—Cómo no he de preguntar. ¡Si estoy en mi derecho!

MARTA.—Lo estarías si se tratara de mí.

ENRIQUE.—¿Pero, es que me consideras indigno de compartir un secreto contigo?

MARTA.—No es eso, sino que no me pertenece.

ENRIQUE.—¡Quiero saberlo!

MARTA.—¡Siempre quereis imponer vuestra autoridad de hombres.

ENRIQUE.—Cuando seais independientes podrán hacer lo que quieran. ¡Hoy soy tu marido y te ordeno!

MARTA.—¿De modo que esta situación mía, me obliga a tener un disgusto contigo, por tu capricho?

ENRIQUE.—¡Por capricho tuyo!

MARTA.—¿Para nada sirve la fe que te he inspirado durante tanto tiempo? ¿No tengo derecho a nada?

ENRIQUE.—No dudo de ti, pero tampoco tienes derecho a dejarme frente a Rudi, en completa ignorancia de lo que pasa a mi alrededor. No soy un objeto de la casa que pueda dejarse en cualquier rincón. Yo necesito saber la causa de ese desaire que acaba de hacerte Rudi, pues como lo conozco muy bien sé que no lo hace sin motivo. Si tú no me lo quieres decir se lo exigiré a él.

MARTA.—¡No! Prefiero que lo sepas por mí.

ENRIQUE.—¡Sea!

MARTA.—Voy a revelarte algo inesperado, pero te exijo la promesa de que no has de adoptar ninguna actitud sin mi consentimiento.

ENRIQUE.—Conforme, pero habla de una vez.

MARTA.—Me obligas a ser desleal conmigo misma. Yo me había jurado que a costa de todo, nadie, ni tú mismo, sabría un secreto tan doloroso que mata por completo el orgullo de madre que yo había puesto en Rosina. Pero presiento que podría ser peor mi obstinación en callar. Revisando el "secretaire" de mi hermana. Rudi, encontró unas cartas de su amante.

ENRIQUE.—¿Qué?

MARTA.—Para evitar que él se enterase tuve que decir que esas cartas eran mías y le exijí que me las entregase sin leerlas.

ENRIQUE.—¿Y cómo lo sabías?

MARTA.—El que fué su amante estuvo aquí y me lo ha referido.

ENRIQUE.—¿Aquí?

MARTA.—Vino a pedirme que, de cualquier modo, procurase destruir esas cartas antes de que Rudi se apoderase de ellas. Mi sorpresa fué como la tuya. Nunca pude imaginar que mi hermana fuese capaz de cometer esa falta, pero... en fin... ya no era el momento para lamentaciones inútiles y lo único que podía hacer era evitar que Rudi conociese la verdad. Por eso no me habla, por eso está en contra mía, porque me cree una mujer indigna.

ENRIQUE.—Marta, dices con una naturalidad enorme, lo que debe haber sido un sacrificio para ti. ¿Cómo has podido acusarte delante de Rudi?

MARTA.—Era por ella. Mi falta puede parecerle repugnante pero nunca llevarle al borde de una tragedia. En cambio, si supiera...

ENRIQUE.—Tienes razón. ¿Y las cartas?

MARTA.—Las he roto inmediatamente.

ENRIQUE.—(*Mirándola a los ojos*). ¿Por qué las has roto?

MARTA.—¡Enrique! ¿Es que vas a dudar de mí, tú también?

ENRIQUE.—¡Yo necesitaba verlas!

MARTA.—¡Hubiera sido indigno que yo misma las hubiese leído! (*Pausa*). Piensa en el carácter de Rosina, en su frialdad para con Rudi, en sus nervios, en sus paseos, en su misma fuga la tarde aquella...

ENRIQUE.—Sí... es verdad. Siempre he visto que Rudi no la entendía, a pesar de estar enamorado.

MARTA.—Rosina no es la culpable, sino el otro, que se ha aprovechado de su carácter desorientado para confundirla como a una niña. Todos la hemos abandonado; todos comprendemos, ahora el peligro que corría.

ENRIQUE.—¿Y qué podemos hacer por ella?

MARTA.—Lo que he hecho: evitar que Rudi se entere y después aconsejarla debidamente, cuando empiece a estar fuerte, ahora no...

ENRIQUE.—¿Aunque el siga creyéndote culpable?

MARTA.—¿Y qué nos importa? Teniendo tú absoluta confianza, no es un sacrificio para mí. Rudi vuelve. Me voy; cuando me ve se violenta demasiado. Presiento que le hago daño. No sé si por mi falta o por tener que despreciarme. ¡Me estimaba tanto!

ENRIQUE.—Es verdad. Y debe ser muy doloroso perder la fe, ver derrumbarse viejos ídolos.

MARTA.—No te atormentes y procura calmarlo. (*Mutis. Rudi pasa llevando libros o cualquier otra cosa que cuida especialmente al preparar su mudanza y al ver a Enrique que ha quedado pensativo, lo contempla un breve instante, deja los libros sobre una mesa y va decidido a hablarle*).

Rudi y Enrique

RUDI.—Enrique, yo no puedo verte así, sin considerarme culpable por mi silencio. Los hombres fuertes debemos conocer la verdad desde el momento en que intentamos gobernar el mundo. Tu mujer, no te ha querido lo suficiente, como para poder vencer las tentaciones de la materia; por esta verdad dolorosa ella te ha sido infiel. He callado todo este tiempo pero yo no puedo vivir entre el engaño, me ahoga la mentira y puesto que ella calla es preciso que yo te lo haya dicho. (*Muy extrañado del mutismo de Enrique*). ¿Ya lo sabías?

ENRIQUE.—(*Inclinando la cabeza*). Sí...

RUDI.—¿Has pensado tomar alguna determinación?

ENRIQUE.—(*Después de una pausa*). Si yo la quiero y ella se arrepiente, ¿qué puedo hacer sino perdonarla?

RUDI.—¿La perdonas?...

ENRIQUE.—La quiero.

RUDI.—Cada uno tiene sus sentimientos... (*Se aparta muy preocupado. Para sí*). ¿La perdona, porque la quiere?... Yo concibo el perdón cuando no se quiere. ¡Es tan parecido a la indiferencia!... Cuando me ofende un amigo me duele, cuando es un desconocido no me importa y... ¡si fuese Rosina!... (*Queda con la mirada fija*).

ENRIQUE.—Te ruego que no ahondes mi pena. Procura que Rosina no se entere.

RUDI.—¿Y cómo es que Rosina le guardaba las cartas? ¿Cómo es que ella guardaba un secreto tan indigno? No comprendo como una mujer tan pura como la mía, se prestaba a ser encubridora.

ENRIQUE.—(*Con un gesto involuntario al sentir herido su amor propio*). ¡Cosas de la vida!

RUDI.—(*Intrigado por el gesto de Enrique*). ¿Dices que son cosas de la vida? ¿Lo dices tan resignado? ¡Yo no te entiendo! (*Se aparta y va a tomar los libros que dejó anteriormente y queda pensativo*). Pero esa tarde... ¿dónde iba mi mujer tan de prisa?

Dichos y Marta

Marta al entrar le sorprende la presencia de Rudi

RUDI.—No tienes por qué huirme. He hablado con tu marido. El te perdona...

MARTA.—Enrique... (*Se abrazan algo fríamente. Rudi observa hasta los menores detalles*).

RUDI.—¡Con cuánta facilidad pueden destruir ustedes la vida de un hombre!... ¡Y así delante de nuestros ojos, negando la confianza que nos inspiraba su conducta! Si aún sabiendo la verdad yo no me imagino cuándo has podido alimentar ese amor impuro... si nuestras vidas han estado unidas paso a paso!... Cuántas veces Rosina te ha pedido que la acompañaras y tú nunca querías salir de tu casa. (*Queda muy serio*). En cambio... Rosina... no hacía más... que... alejarse... de su hogar. (*Parece iluminarse su cerebro. Al rato los mira fijamente*). ¡Enrique!... ¡Tu tranquilidad no me convence! ¡Quiero la verdad, sea lo que sea! (*Algo violeto*). Yo no puedo soportar la incertjdumbre que me está enfermando desde hace tiempo. Desde aquella tarde que no ceso de preguntarme donde iba tan de prisa. ¡Quiero saberlo! (*Ellos se miran algo cohibidos*).

ENRIQUE.—Ya lo sabes... Esas cartas eran de Marta.

RUDI.—(*Interrumpe*). ¿Y cómo lo dices tan resignado delante de ella?

ENRIQUE.—Te he dicho el por qué.

RUDI.—Tu acento no me convence, no, no, no hay... verdad en el fondo, no tiene la fuerza de la sinceridad! ¡Es suave como todo lo que es hipócrita!... Ustedes mienten y se olvidan fingir el dolor. ¿Es que mi amistad, mi cariño hacia ustedes me lo retribuyen, en el momento en que lo necesito, con un gesto de compasión?

MARTA.—Rudi...

RUDI.—¡No quiero nada de ustedes! ¡Quiero estar solo! ¡Solo! ¡Déjenme solo, he dicho! (*Ellos se retiran lentamente. Queda solo y comienza el proceso de su melancolía. Vuelve lentamente la cara y queda en muda contemplación del retrato de Rosina. Entra Fritz. Arregla algunos útiles de Rudi. Involuntariamente deja caer un libro y la impresión nerviosa, saca a Rudi de su mutismo*).

RUDI.—¿Vas ist los? ¿Qué se ha caído?

FRITZ.—(*Leyendo el lomo del libro*). "La vida fisiológica".

RUDI.—(*Irónico*). ¡La vida!... ¡Hay que considerarla fisiológicamente! ¿Para qué sirven los afectos?... ¿Qué importa al mundo los estados del alma?... No somos más que parte de la materia que buscamos la afinidad individual. Lo que llaman el amor es la mayor afinidad, el espíritu es su adorno. (*Mira a Fritz que trabaja*). ¿Te acuerdas Fritz, cuando yo era estudiante?

FRITZ.—En Heidelberg. ¡Famós!...

RUDI.—¡Si pudiéramos volver atrás! ¡Si fuéramos como las plantas que tienen cada año una primavera!... ¡Oh, mis sueños... mis anhelos... así han terminado!...

FRITZ.—¿Quiere usted que los manuscritos los guarde todos aparte?

RUDI.—Me da lo mismo. Haz lo que quieras. Ya no tengo voluntad...

FRITZ.—No entiendo...

RUDI.—No importa. (*Mira el retrato de Rosina y una ola de sangre le sube a la cara*). ¡Du hast kein regtmein lebeu zu feruiften! ¡No! ¡No tenías derecho a destruir mi vida!...

FRITZ.—(*Presentándole un manuscrito*). Sus conferencias. ¿las quiere guardar usted?

RUDI.—(*Las toma*). ¡Veinte años de estudio valen menos que una linda cara!... (*Los arroja sobre el retrato que cae al suelo. Fritz muy extrañado lo recoge. Rudi queda muy excitado*).

FRITZ.—(*Después de contemplar el retrato*). ¿Es cierto que la señora se levanta hoy?

RUDI.—¿Rosina?... ¡Mi Rosina, no vuelve nunca más!

FRITZ.—Me lo dijo la señora Marta.

RUDI.—Rosina, la hermana de Marta, es verdad. (*Un reloj dá las diez. Rudi escucha. Saldrá muy lentamente y entregado a sus cavilaciones*). ¡Nunca me he encontrado tan solo como ahora!... ¡Qué lejos estoy de mi país!... Ij habe schou kaine haimat!... Ij habe nijts mer... (*Mutis. Fritz se ha quedado mirándolo con un gesto de asombro muy grande*).

Fritz, Marta y Enrique

MARTA.—¿Te ha dicho dónde iba?

FRITZ.—Ni una palabra. Sí, señor. (*Mutis*).

MARTA.—¿Vamos a buscarlo?

ENRIQUE.—Espérate. La situación es muy delicada y es preciso meditar nuestra actitud.

MARTA.—Pero considera que Rosina ignora todo lo que ha pasado. Saldrá alegre como siempre y yo creo que es preferible advertirle.

ENRIQUE.—Yo creo lo contrario. Tal vez ella con su alegría y su carácter expontáneo consiga más fácilmente el perdón de este hombre.

MARTA.—¿Cómo te imaginas eso, Enrique?

ENRIQUE.—Si está enamorado de ella, no sería extraño que un hombre así perdonase un error, ya pasado.

MARTA.—No lo creo.

ENRIQUE.—¿Pero no ves lo tranquilo que está?

MARTA.—Esos temperamentos tranquilos, cuando estallan, son los peores.

ENRIQUE.—No debemos asumir actitud alguna. Nuestro deber es esperar que hable Rudi y estar en guardia por si tenemos que defender a Rosina.

ROSINA.—(*Dentro*). ¡Marta!... ¡Rudi!

ENRIQUE.—Ahí viene. Adviértela discretamente.

MARTA.—Quisiera evitarle la vergüenza de saberme poseedora de su secreto. A pesar de todo, me parece verla tan niña y tan buena como la creí siempre.

Dichos y Rosina

ROSINA.—(*Que entra muy alegre y expansiva. En su cara hay vestigios del peligro de muerte que ha corrido. Traje de casa*). Marta, Enrique... ¿Y Rudi?

MARTA.—Ahora vendrá.

ROSINA.—Alguna conferencia lo entretiene. Este hombre siempre es el mismo. Ha sido incapaz de esperarme siendo el primer día que salgo de esa alcoba.

ENRIQUE.—Voy a avisarle que estás aquí. (*Mutis*).

Marta y Rosina

ROSINA.—Me parece increíble entrar nuevamente en la vida. ¡Cuánto tiempo he estado sola! ¡Qué terrible es la soledad! Por primera vez en mi vida he reflexionado un poco sobre mí misma.

MARTA.—Supongo que esa reflexión habrá sido útil para tu carácter.

ROSINA.—¡Uff!... he pensado tantas cosas, en esa inmovilidad obligada, que jamás se me habían ocurrido... Hasta he llegado a creer que ahora es cuando comprendo la vida.

MARTA.—Entonces aprovecharé para hablarte muy en serio.

ROSINA.—¿Ahora mismo?

MARTA.—Sí, ahora mismo.

ROSINA.—¡Eso sí que no! Te he dicho que ahora comprendo la vida, pero no en serio, sino más en broma que nunca. Cada vez me convenzo más de que las personas son indignas de toda preocupación.

MARTA.—Escúchame atentamente y no des rienda suelta a esas ideas de tu cabecita loca.

ROSINA.—Si no puedo ser más sensata: ya no me importa nada y creo que ya nada me interesa.

MARTA.—¿Y tu marido, tampoco?

ROSINA.—(*Ríe*). ¡Mi marido!... Bueno, como comprendo en qué sentido me lo preguntas, te diré... que también me dá lo mismo.

MARTA.—¡Rosina!

ROSINA.—Pero Marta, ¿no ves que yo le preocupo a él muy poco?

MARTA.—Te equivocas. Desde el día que sufriste el accidente, que por poco te cuesta la vida, ha quedado en un estado melancólico muy serio.

ROSINA.—Ya lo ves: otro hombre no se hubiera detenido en ese estado tan sumiso, tan melancólico.

MARTA.—¿Pero tú no sabes que una impresión nerviosa, puede atacar el cerebro en distintas formas, sin que una sea más débil que otra? Tu sufrimiento ha repercutido en su alma tanto que lo ha desequilibrado y una vez perturbado su cerebro, no es el caso ponerse a graduar las consecuencias. Tanto de la melancolía como la locura. Creo que es lo mismo.

ROSINA.—Bueno, no te discuto; sé que tú razonas más que yo.

MARTA.—Si Rudi tuviese algún día un arranque inesperado por ti y lo vieses surgir revelando la intranquilidad que perturba su alma, ¿qué dirías, qué harías?

ROSINA.—No lo espero... y además ¿qué motivo tiene para ello?

MARTA.—¿Lo preguntas?

ROSINA.—Es natural que lo pregunte.

MARTA.—¿Pero nunca has hecho nada en contra de él?

ROSINA.—(*Violenta*). ¿En su contra? ¡¡No!! Mi vida toda entera ha estado siempre en sus manos. Si alguna vez he faltado a mi deber, ha sido, en todo caso, por descuido suyo.

MARTA.—¡No te disculpes tan cómodamente!

ROSINA.—Marta, por favor, no amargues mi convalescencia. Tanto tiempo que he estado sola, como lejos de ustedes, allá en esa alcoba, sin luz, sin sol, he tenido tiempo sobrado para reflexionar. ¡Comprendo que he sido injusta con Rudi y con ustedes pero basta! ¡Estoy resuelta a gobernarme por mí misma! ¡Ah, ya he aprendido lo suficiente! (*Entra Rudi*).

Dichos y Rudi

ROSINA.—¡Rudi! ¡Rudi! No te perdono que no hayas sido mi apoyo el primer día que me levanto. (*Con un ligero mareo*). Ves, todavía se me va la cabeza. Ayúdame a sentarme. (*Rudi permanece inmóvil. Marta la ayuda. Pequeña pausa. Con voz mimosa*). Bueno, sí, te perdono porque estoy contenta. Siento en este momento un bienestar tan grato. Acércate. ¡Jesús, qué cara! ¿Por qué me miras así? ¿Quieres quitarme mi alegría? Bueno, ya está, ya se acabó, ¡esto es peor que una tumba! ¡No me moveré, ni haré un gesto demás para que no lo interpreten mal! (*Pausa*).

RUDI.—(*A Marta*). Deseo hablar un momento a solas con Rosina. Tú me lo permites, Marta... (*Esta no sabe si acceder o no. Mira a Rosina dudando*).

ROSINA.—Déjanos, si él te lo pide. No perderás nada interesante: ¡consejos, procedimientos rígidos, lo de siempre! (*Al salir Marta, una pausa. Rosina se impone ella misma una reacción y en una transicción brusca se pone de pie y va para abrazarlo*). Bueno, abrázame. Como sé que no te gusta acariciarme delante de nadie, supongo que por eso le habrás pedido a Marta, que se retire.

RUDI.—No, yo no siento ningún deseo de abrazarte.

ROSINA.—Rudi... Tú estás loco. Si no te conociera, lograrías enfadarme. Vamos, tienes ganas de jugar conmigo.

RUDI.—(*Avanzando hasta cojerla por los brazos*). Yo no puedo besar en los sitios donde aún tienes las huellas de otros besos...

ROSINA.—Tonto, si todavía no me ha besado nadie...

RUDI.—¡Los besos de tu amante!

ROSINA.—¡Rudi! ¿Tú sabes?

RUDI.—(*Con un alarido de triunfo*). ¡Sí; sabía! ¡Sabía! ¡Me faltaba el espanto de tus ojos para confirmarlo! ¡Ahora sé toda tu vileza, toda tu maldad de muñeca inconsciente y estás aquí, sola conmigo, entre mis manos, que pueden destrozarte!

ROSINA.—(*Espantada*). ¡Oh, Rudi!

RUDI.—(*Con una gran alegría*). Y he llegado a la verdad, yo solo, por una serie de deducciones lógicas. La lógica nos conduce siempre al fin que queremos llegar aunque en ese fin nos espere la muerte... (*Pasándose la mano por la fren-*

te). ¿Qué decía yo? (*Coge a Rosina entre sus brazos y casi a rastras, la conduce al sillón donde él se sienta, colocándola a ella entre sus rodillas*). ¡Ven!

ROSINA.—(*Aniquilada, espantada*). ¡Oh! ¡Rudi! ¡Rudi! (*Voz debil*).

RUDI.—¡Ven, pequeña criatura! ¡Qué cosa más fragil eres entre mis manos! Todos tus nervios entre ellas. Tu cabeza de mujer inconsciente, tu pequeño cerebro, lleno de falsedades, de liviandad, que yo puedo destruir sin el menor esfuerzo, como un niño rompe su juguete favorito... ¡Así! (*Le aprieta*).

ROSINA.—Rudi... ¡Me haces daño!

RUDI.—¡Así, así! (*Apretando inconsciente la garganta de Rosina ya inerte sobre su hombro*). ¿Que te hago daño? ¡No! Yo no puedo hacerte daño, Rosina. ¿Por qué me miras con esos ojos de espanto? ¿Me tienes miedo? (*Ya es más dulce su acento*). Calla mi vida, calla... Ven... Estás fatigada... Quiero dormirte con una canción de mi país. (*Apoya la cabeza de ella sobre su pecho*). Verás... Es una canción que me cantaba mi madre cuando yo era pequeño. (*Empieza a cantar en alemán con voz tenue. Entra Fritz*). ¡Rosina!... ¡Mi Rosina buena!... ¡Mi niña de siempre!... (*Sigue cantando lentamente*).

FRITZ.—(*Emocionadísimo*). ¡Mi pobre Señor!

RUDI.—¡Chist! ¡Calla Fritz! ¿No ves que duerme? ¡No despiertes a Rosina! ¡A mi pobre muñeca!... (*Fritz llora y Rudi sigue cantando emocionadísimo*).

TELON

BAMBALINAS - Obras publicadas

EN EXISTENCIA

SUPLEMENTO: **LA HORA DEL BALCON**, de Mertens. — Nº 11: **LA FAMILIA DE MI SASTRE**, de Mertens. — 19: **LA DAMA DE COEUR**, de Iglesias Paz. — 22: **DIOGENES**, de Soria. — 25: **EL MARIDO DE LA VIUDA y EL MANDATO DIVINO**, de Duhau. — 26: **¡HECHIZAO!**, de Aloisi (de nuestro concurso), y **DOÑA ROSARIO**, de Novión. — 27: **LOS INTEGROS**, de Uria y Cuevas (de nuestro concurso), y **NIÑERAS y EL PRIMER HIJO**, de Nicolau Roig. — 30: **EL NOVIO DE MAMÁ**, de Discépolo y De Rosa. — 31. **LA BAMBOLLA**, de Martínez Cuitiño. — 32: **EL DISTINGUIDO CIUDADANO**, de Saldías y Casariego. — 33: **LA CARABINA DE AMBROSIO**, de Mertens. — 35: **LA ENEMIGA**, de Iglesias Paz. — 36: **EL CABALLO DE BASTOS**, de Saldías. — 38: **FACUNDO**, de Peña. — 52: **ACQUAFORTE y LOS DIENTES DEL PERRO**, de Weisbach y González Castillo. (2ª edición). — 57: **LA NOVIA DE ZUPAY**, de Schaefer Gallo. — 58: **EL "DOTOR" CARRICOCHE**, de De Rosa y Folco. — 59: **LA MUJER DE ULISES**, de González Castillo. — 60: **LA COMEDIA DEL AMOR**, de Mertens. — 62: **LA DOTE**, de Duhau. — 63: **GRACIA PLENA**, de Weisbach y González Castillo. — 64: **LA NOCHE DE LOS ESTUDIANTES y LA PAISANA**, de Escobar. — 65: **LA MASCOTA DEL BARRIO y EL LOCO RUIZ**, de Darthés y Damel. — 67: **EL PATRON DEL AGUA y EL HORNERO**, de Caraballo. — 68: **LA SOLTERONA**, de Pico. — 69: **EL PARDO REYES y EL FRUTO PROHIBIDO**, de Pelay y Amoroso. — 70: **LA FRAGUA**, de Discépolo. — 71: **TITULARES, SUPLENTES Y CESANTES y LECCIONES DE AMOR**, de Díaz Olazábal. — 72: **ECLIPSE DE SOL**, de García Velloso. — 73: **LA EDAD DE MERECER**, de Mertens. — 74: **EL HIJO DE AGAR**, de González Castillo. — 75: **DORREGO**, de Peña. — 76: **EL VERTIGO**, de Discépolo y **VILLA DELICIAS**, de Mertens. — 77: **EL PECADO DE AMAR**, de Saldías y **NOCHE DE LUNA**, de Sánchez Gardel. — 78: **MATE DULCE**, de Martínez Cuitiño. — 79: **EL ZAPATO DE CRISTAL**, de García Velloso. — 80: **PAPÁ BATISTA y LAS ENTRAÑAS DEL LOBO**, de De Paoli. — 81: **LAS VIBORAS**, de González Pacheco, y **DERECHO DE AMOR**, de Foppa. — 82: **EL CAMARIN DE BERMUDEZ y LA ETERNA PROSA**, de Cayol. — 83: **PASA EL TREN. LAS PEQUEÑAS CAUSAS, y ¡PARA ESO PAGA!**, de Pico. — 84: **LA GENTE ALEGRE**, de Mertens. — 85: **MAMBRU SE FUE A LA GUERRA y LA RAZON SOCIAL**, de Foppa. — 86: **LAS CAMPANAS**, de Sánchez Gardel. — 87: **EL DERRUMBE**, de Martínez Cuitiño. — 88: **CALANDRIA**, de Leguizamón. — 89: **PUEBLECITO**, de Moock. — 90: **TRANQUERA**, de Fontanella. — 91: **LA PALOMITA DE LA ENSALADA**, de García Velloso. — 92: **SABADO INGLES**, de Duhau. — 93: **LA MAESTRITA DEL PUEBLO**, de Berrutti. — 94: **LAS ROSAS DE LA AURORA**, de Schaefer Gallo. — 95: **EL CAPITAN METRALLA**, de Iriarte y Pelay. — 96: **LOS ESPANTAJOS**, de Cayol. — 97: **EL CHIRIPA ROJO y GABINO EL MAYORAL**, de García Velloso. — 98: **EL INTRUSO y LAS QUE VAN AL INFIERNO**, de Darthés y Damel. — 99: **JESUS Y LOS BARBAROS, y LA COPA DE CRISTAL**, de Linning. — 100: **ELECCIONES EN LA PUNA**, de Gache. — 101: **SANATORIO MODELO**, de Berruti. — 102: **CRISTIAN**, de Soria. — 103: **ARMENONVILLE**, de García Velloso. — 104: **ALMA DEBIL**, de Díaz Olazábal y Ferreyra Casariego. — 105: **EL GUASO y LA CANTERA**, de Weisbach. — 106: **LA LEONA DE CASTILLA y LA BOHEMIA LOCA**, de Saldías. — 107: **MAIDANA y EL ANGELICAL MANUELITO**, de Iriarte y Pelay. — 109: **MAS ALLÁ DE LA LEY**, de Muniagurria. — 110: **SOBRE LAS RUINAS**, de Payró. — 111: **LA RAZON SOCIAL**, de Crosa. — 112: **FACUNDO**, de Pelay. — 113: **LA CRUZ DEL SUR**, de Caraballo. — 114: **LA SANTA**, de López. — 115: **LA EMBOSCADA**, de Aquino. — 116: **MAGDALENA**, de González Pacheco y **LA KRUMIRA**, de Foppa. — 117: **EL CACIQUE BLANCO**, de Martínez Payva y Defilippis Novoa. — 118: **CUAR-**

TELES DE INVIERNO, de Casós. — 119: **HASTA LA HACIENDA BAGUALA, CAI AL JAGUEL CON LA SECA** y **EL INSTANTE**, de Darthés y Damel. — 120: **LOS BUITRES**, de Foppa. — 121: **LOS NIDOS ROTOS**, de Payva. — 122: **LOS VENENOS**, de Bosch (G.). — 123: **EL SEÑOR JUEZ**, de Morales. — 124: **EL TRAGO AMARGO** y **LA MUERTE DE UN VIVO**, de Escobar. — 125: **LA QUIEBRA**, de Bianchi. — 126: **LOS MEDANOS** y **EL NUDO**, de Dardo López. — 127: **CON LOS NUEVE...** y **LA SALAMANDRA**, de Caraballo. — 128: **EL BIEN AJENO** y **CUESTA ARRIBA**, de Casós y **EL NOVIO QUE VUELVE**, de Retta. — 129: **LA MADRECITA**, de Defilippis Novoa. — 130: **LA EXTRAÑA**, de Bosch (G.). — 131: **DIA FERIADO**, de Discépolo y **EL PATIO DE CASA**, de Casariego. — 132: **NIDO DE RANAS**, de Pellicer (hijo). — 133: **POLITICA CASERA**, de Soria. — 134: **EL NOVICIO**, de Leumann. — 135: **EN LA CORRIENTE**, de Bosch (G.). — 136: **LAS MARGARITAS**, de Martínez Payva y **UN CABLE DE LONDRES**, de Defilippis Novoa. — 137: **MISERICORDIA**, de Bosch (M. G.) — 138: **LA MUJER DEL VIEJO**, de Downton. — 139: **DE AMERICA A LAS TRINCHERAS**, de Bianchi. — 140: **ISABEL**, de Duhau. — 141: **LA MEJOR DOCTRINA** y **UN MINUTO DE ALEGRIA**, de Berruti. — 142: **SANTOS Y BANDIDOS**, de Defilippis Novoa y Martínez Payva. — 143: **LA PERRA VIDA, LA NUBE** y **EL JARDIN DE LA VIDA**, de Cayol. — 144: **LOS PECADOS CAPITALES**, de Arcos y Segovia (Ex padre Gonzalo). — 145: **LOS HIJOS MANDAN** de Villarán y **UN MATRIMONIO VIEJO**, de Downton. — 146: **EL BAJO BELGRANO**, de Pelay y **MI SASTRE**, de Downton. — 147: **LOS MANSOS**, de Facio Hebequer. — 148: **LA ETERNA MENTIRA**, de Casós y **CUANDO LA SUERTE SE INCLINA...**, de Gómez Bao y Gugliot. — 149: **LUZ DE SOMBRA** y **GANADOR Y PLACE**, de Giménez Pastor. — 150: **LA ETERNA HERIDA**, de Crosa. — 151: **MAULA**, de Cione. — 152: **EL SAGRADO CELIBATO**, de Arcos y Segovia (Ex padre Gonzalo). — 153: **MUSICA DI CAMERA** y **EL HUSAR ROJO DEL PARAGUAY**, de Zabalía. — 154. **EL SUPREMO SILENCIO**, de Maisonnave. — 155: **JUAN CUELLO**, de Caraballo. — 156: **CONCURSO DE BELLEZA** y **LA SORPRESA**, de Berruti. — 157: **EL RIDICULO TRAGICO**, de Castellanos. — 158: **NO HAY BURLAS CON EL AMOR**, de Pico. — 159: **¡MORRIÑA... MORRIÑA MIA!**, de García Velloso. — 160: **LA COLUMNA DE FUEGO**, de Ghiraldo. — 161: **EL TRIUNFO DE LA VIDA**, de Favaro. — 162: **PALABRA DE HONOR** y **EN CUERPO Y ALMA**, de Díaz Olazábal. — 163: **LOS SAGUAYPES**, de Roquendo. — 164: **YORICK**, de Pérez Petit. — 165: **BAJO EL OMBU**, de Facio Hebequer. 166: **ALMA GALLEGA**, de Arcos y Segovia (Ex padre Gonzalo) y **LA ESFINGE ENAMORADA**, de Gaid y Arroyo. — 167: **REDENCION**, de Portell. — 168: **UNA VIDA**, de Defilippis Novoa. — 169: **UNA MUJER DE TEATRO**, de Peña.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

CAPITAL		INTERIOR	
Trimestre	$ 2.40	Trimestre	$ 3.00
Semestre.	" 4.80	Semestre.	" 6.00
Año	" 9.60	Año	" 12.00

PAGO ADELANTADO

NUMERO SUELTO

EN LA CAPITAL 0.20